

MIGRACIÓN Y SOCIEDADES INDUSTRIALES. EL CASO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Isabel TURRENT

Uno de los efectos más inesperados del proceso de globalización —que se inició en el ámbito político con la caída del Muro de Berlín y en el económico con la tercera revolución industrial en los años sesenta—, ha sido el notable incremento de la migración de las regiones más pobres a los ricos países industrializados de Europa y Norteamérica. Europa y Estados Unidos han recibido en los últimos años a millones de inmigrantes. La oleada de hombres y mujeres que emprendieron a partir de los inicios de la década de los noventa una de las aventuras más difíciles y riesgosas al cortar de tajo sus raíces y establecerse en un mundo donde apenas saben moverse, tiene causas diversas. La primera de ellas es la combinación de factores que expulsan y a la vez atraen a quienes deciden emigrar buscando un mejor modo de vida. Esta combinación de fenómenos fue la principal motivación que generó la migración rural urbana en los países desarrollados entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, además de cambiar la faz de las ciudades y el perfil de la pirámide ocupacional en esas naciones. Es la misma causa que llevó a millones de inmigrantes europeos a emprender la aventura americana en el siglo XIX y a convertir a los Estados Unidos en un *melting pot*, un gran caldero nacional capaz de asimilar e incorporar al modo de vida americano a millones de inmigrantes con distintos orígenes nacionales, culturales y religiosos.

El principal factor de expulsión es ahora, como en los casos anteriores, la pobreza de la nación de origen y el de atracción, la riqueza del país de destino. Ambos cobraron fuerza en los

noventa gracias a la revolución informática globalizadora que ha diseminado un mayor conocimiento, por más superficial que sea, de la realidad de otros países a través de los medios de comunicación masiva aún en los rincones más remotos del planeta. Esto explica básicamente el notable incremento de la inmigración en Europa y Norteamérica en los últimos años. Los países de la Unión Europea recibieron el año pasado a 500,000 inmigrantes ilegales: en 1993, esta cifra no rebasaba los 40,000. Y en los últimos cinco años, han entrado en los Estados Unidos un millón de inmigrantes anuales (700,000 legalmente y 300,000 ilegales). Desde 1990, el número de residentes americanos nacidos en otro país ha crecido en seis millones hasta alcanzar la impresionante cifra de 25 millones. No es exagerado afirmar que esta oleada migratoria es la más numerosa desde que los inmigrantes europeos llegaron en tropel a Norteamérica a fines del siglo XIX y principios del XX.

Los efectos de esta ola de inmigrantes serán tan importantes para el mundo industrializado, como las transformaciones generadas por la migración de europeos a los Estados Unidos hace 100 años.

El primer elemento que vale la pena subrayar de los nuevos emigrantes, además de su número, es su composición. En Europa los más numerosos contingentes de inmigrantes no provienen ya de Turquía sino de países y regiones tan distantes como China, el sureste de Asia y países del Medio Oriente como Irán e Iraq. En los Estados Unidos, entre los inmigrantes de la última década ha habido un predominio absoluto de asiáticos y de latinos. Estos últimos conformaban a fines del 2000 el 12% de la población y, de acuerdo con todos los pronósticos, en cinco años superarán a los negros y se convertirán en la minoría más numerosa del país, pero en 20 años serán el grupo de población más grande en estados tan importantes como Texas y California.

Dos tercios de los latinos son inmigrantes de origen mexicano. En consecuencia, para nosotros, la transformación del perfil étnico de los Estados Unidos tiene una gran importancia: entre

otras cosas, esos inmigrantes podrían ser el cimiento de un cabildo mexicano muy eficaz en Washington para defender los intereses nacionales del país.

Un segundo factor fundamental de la nueva ola de inmigrantes es su importancia económica, como lo señaló en su intervención el doctor De Olloqui. Ganan más de lo que recibirían en sus países de origen por el mismo trabajo, pero menos de lo que se pagaría a un norteamericano. Por ello, han ayudado a mantener baja la tasa de salarios y, colateralmente, los precios de los productos en las áreas que dominan laboralmente: por lo general, en éstas predomina el trabajo arduo. Los inmigrantes latinos trabajan en rastros, empacadoras de carne o como jardineros, meseros y afanadoras, albañiles y trabajadores en el campo para la recolección de fruta o vegetales. Con una tasa de desempleo en los últimos años de alrededor de 4.5% (4.1% en 2000), el principal argumento de los grupos anti inmigrantes en Estados Unidos —a saber, que la entrada de trabajadores aumentaría el desempleo entre los americanos— ha perdido legitimidad y ha fortalecido la voz de quienes demandan un ingreso más libre para los inmigrantes: todas esas compañías que se benefician inmensamente de su trabajo. El notable crecimiento de la economía norteamericana en los últimos diez años y la consecuente demanda de trabajadores inmigrantes han sido, por lo tanto, dos factores de atracción fundamentales. En este sentido, el anunciado decrecimiento económico del país en 2001, podría tener un efecto desastroso sobre los inmigrantes, especialmente los ilegales, que rebotaría directamente en México si Estados Unidos iniciara una nueva campaña para evitar el ingreso de indocumentados. Un tercer factor de atracción ha sido la complejidad y las ambigüedades de la conducta y de las leyes americanas. Esto es resultado, por supuesto, de la actitud dual —y podría decirse que hasta esquizofrénica— de la sociedad norteamericana frente a la reciente inmigración, especialmente de asiáticos y latinos. Cerca de dos terceras partes de los americanos desean que se reduzca el número de inmigrantes y algunos grupos han se-

ñalado abiertamente que uno de los problemas de los recién llegados es que tienen una cultura propia que no se incorporará nunca al “caldero multicultural norteamericano” y que, además, se “ven” diferentes. Sin embargo una proporción igual de norteamericanos creen que la inmigración es benéfica y que los inmigrantes tienen derecho de traer a sus familiares —vía legal por la cual se cuelan cientos de miles de extranjeros al año a los Estados Unidos—. El ejemplo más reciente de esta actitud ambigua es Linda Chávez, quien tuvo que retirarse como candidata para secretaria del Trabajo en el gobierno de Bush: fue acusada de albergar una trabajadora ilegal que le ayudaba en las tareas de su hogar. Chávez justificó su actitud diciendo que tan sólo había dado ayuda a alguien que la necesitaba. A la vez en su carrera ha hecho varios llamados a estrechar la vigilancia fronteriza para disminuir la entrada de ilegales.

Los latinos y asiáticos son muchos y ciertamente se ven diferentes y tienen una cultura propia. Han transformado la geografía norteamericana en el suroeste donde predominan. En esas regiones han cambiado lo que Estados Unidos come y escucha, además de modificar las actitudes sobre temas como el TLC y el aborto. Han abierto a la vez la brecha entre las seis ciudades —o regiones— multiétnicas donde se han concentrado, y el centro, mucho menos diverso, del país.

Por todo ello, la reciente entrada masiva de inmigrantes a los Estados Unidos impone dos preguntas fundamentales: ¿a qué sectores sociales beneficia? Y en segundo término: ¿serán estos inmigrantes realmente alérgicos a una integración plena o demostrarán que el *melting pot* sigue funcionando?

Más allá de los beneficios para la economía norteamericana en su conjunto, es indudable que por sectores, los que más han ganado son los inmigrantes mismos. Se ha calculado que un trabajador gana por el simple hecho de entrar a los Estados Unidos, 10,000 dólares y esa ganancia acumulada será hacia el final de su vida laboral de 300,000 dólares. En contrapartida, los grandes perdedores son, además de los indocumentados, los trabajadores

americanos más pobres y menos preparados que resienten la disminución aproximada de 3% en los salarios producto del ingreso de los inmigrantes. A ellos habría que sumar a los grupos más calificados que trabajan en sectores de tecnología de punta en los estados que han recibido más inmigrantes. Porque una de las características más sorprendentes de la nueva ola migratoria es la cantidad de inmigrantes calificados. En los seis estados con mayor proporción de inmigrantes de los años noventa, éstos conforman —como era de esperarse— el 50% de los cocineros, taxistas y trabajadores agrícolas, pero también el 40% de los físicos y de los profesores de ciencia política y más del 25% de los químicos y economistas.

Los afectados en la base y la cima de la pirámide laboral norteamericana, pueden ser, si la economía norteamericana entra en un periodo de recesión, la base de apoyo de proposiciones tipo la tristemente célebre Propuesta 187 que afecten muy negativamente la calidad de vida de los recién llegados y reduzcan el número de inmigrantes. Este riesgo es aún mayor si se toma en cuenta que a diferencia de otras minorías, al menos los latinos, no tienen una participación política activa ni uniforme. (En comparación, por ejemplo, con la minoría judía —de aproximadamente siete millones— o la de origen irlandés.) Apenas ahora están surgiendo líderes latinos con verdadero peso político y, aunque una alta proporción de latinos votan demócrata (en 1996, por ejemplo, 72% del voto latino fue por Clinton), muchos de los que viven en Texas (de origen mexicano) o Florida (cubanos) votan por el Partido Republicano. Esto fue evidente en las elecciones presidenciales de noviembre pasado; George W. Bush recibió el 31% del voto latino.

Por ello, su capacidad para integrarse al modo de vida americano puede ser fundamental para quitarles cartas a todos aquellos opositores, reales y potenciales, a los grupos de inmigrantes recientes y a abrir las puertas a una circulación más libre de mano de obra dentro de los tres países del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Los problemas de integración son, por lo demás, especialmente evidentes en el caso de los latinos. Para empezar, porque es una inmensa minoría de 32 millones de personas y, para terminar, porque su cultura está doblemente enraizada dada la cercanía geográfica a su país de origen. Este es, sobre todo, el caso de los inmigrantes mexicanos. Los optimistas han comparado el caso de los latinos con el de los italianos que entraron a los Estados Unidos hace un siglo y acabaron por asimilarse del todo. Apuntan que en función de cuatro índices —propiedad de bienes raíces, ciudadanía, aprendizaje del inglés y una creciente tasa de matrimonios mixtos— los inmigrantes modernos están siguiendo el mismo patrón de sus antecesores. Aseguran asimismo, que la asimilación se ha agudizado de generación en generación. Los pesimistas responden que el proceso de integración de los inmigrantes europeos duró un siglo y no tenían dos obstáculos que sí existen en el caso de los latinos: la vecindad geográfica con el país de origen y diferencias étnicas con el resto de la población.

En suma, es casi imposible saber si el “caldero” funcionará para los inmigrantes latinos. Pero no cabe duda que el futuro cercano dependerá de la evolución de la economía. La racha de crecimiento de la última década erosionó la fuerza de los grupos anti-inmigrantes (si, de acuerdo con Gallup, en 1993 64% de encuestados en los Estados Unidos aseguraban que los inmigrantes afectaban negativamente al país, a fines de 2000 ese porcentaje había disminuido a 40%). El crecimiento económico abrió oportunidades de empleo para muchísimos de los inmigrantes, legales e ilegales. Una tasa de crecimiento superior a 4% mantendría inalteradas esas circunstancias y abriría un nuevo compás que promovería la integración de los latinos en los Estados Unidos y daría mayor libertad de negociación y de defensa de sus intereses a los gobiernos de sus países de origen, México incluido.